

CRÍTICA DE LIBROS

LA ESTRUCTURA DE NACIONES E IMPERIOS

LUIS WECKMANN,

de la Secretaría de Educación Pública

Reinhold Niebuhr, distinguido teólogo norteamericano, es juzgado por sus discípulos y admiradores —quienes lo comparan con figuras contemporáneas de la talla de Paul Tillich, Karl Barth y Martín Niemöller— como uno de los grandes expositores del pensamiento cristiano y, en particular, de su aplicación a las estructuras políticas de nuestro tiempo. Catedrático de “Pensamiento Cristiano Aplicado” en el Union Theological Seminary de Nueva York, célebre centro de estudios teológicos que no responde a secta religiosa alguna, Niebuhr está en vísperas de retirarse, al término de treinta años de actividades docentes, a fin de prestar su concurso al nuevo Instituto para Estudios de la Paz y de la Guerra, de la Universidad de Columbia. Como homenaje a sus largos años de enseñanza, se ha creado en el propio Seminario de Nueva York una cátedra que llevará su nombre, merced a fondos aportados, entre otras personas, por Eleanor Roosevelt, T. S. Elliot, Jacques Maritain, Charles Malik y David J. Dubinsky.

En un respetable número de libros —quince— y en artículos publicados en revistas dedicadas a estudios de teología y de pensamiento político, Niebuhr ha expuesto una de sus tesis capitales: el hombre ha surgido del pecado y para el pecado; su destino es el esfuerzo y la lucha, y no puede ignorarse —ni evitarse— ese papel que le ha sido deparado. La humanidad, en consecuencia, se enfrenta fatalmente a la necesidad de plantear y replantear soluciones al problema de la convivencia social, nacional e internacional. Esas soluciones nunca podrán ser alcanzadas idealmente, debido al estigma imborrable del pecado original. Tal es el *leit-motiv*, por ejemplo, de los dos últimos libros enjundiosos de Niebuhr: *Christian Realism and Political Problems* (1953) y *The Self and the Drama of History* (1955).

En la más reciente de sus obras,¹ Niebuhr se adentra en un

¹ NIEBUHR, Reinhold: *The Structure of Nations and Empires*, Nueva York, Scribner's, 1959.

análisis de las partes y problemas que, según él, se han repetido con intermitencia en el curso de la evolución histórica de la humanidad, a fin de encontrar alguna solución a la crisis planteada hoy día por el advenimiento de las armas nucleares. Examina, al efecto, "la estructura de naciones e imperios", para descubrir si tal "estructura" ha venido evolucionando en alguna dirección discernible y, si tal es el caso, para elucidar si todo ello arroja alguna luz acerca del futuro del género humano. La preocupación de Niebuhr ha sido, pues, fundamentalmente, buscar en las lecciones de la historia alguna respuesta a la trascendental incógnita de la supervivencia del hombre en la época nuclear.

En la búsqueda de esa solución maravillosa, Niebuhr se entrega al estudio de problemas que le parecen semejantes, si no idénticos, y a los que han tenido que enfrentarse, en una época u otra, algunas o todas las comunidades históricas. Ello, con objeto de afinar una mejor comprensión del reto al que hoy se enfrenta el Occidente: el crecimiento del poderío del comunismo y la crisis del desarme nuclear. En forma característica, el autor nos recuerda a menudo "los límites del esfuerzo humano", y la circunstancia de que "actitudes que son históricamente creadoras son resultado, no tanto de líneas directrices de pensamiento, como del influjo ejercido por causas históricas tangentes". En su encuesta, un tanto laboriosa, Niebuhr cae bajo el influjo del determinismo histórico, fatalidad que determina —a pesar de algunas invocaciones al valor de los factores espirituales— no sólo su método de investigación, sino conclusiones que resultan casi inevitables.

Las conclusiones de Niebuhr son —no podrían ser de otra manera— pesimistas sobre todo en lo que ve a las posibilidades de éxito del desarme nuclear entre los dos campos en que se divide el mundo contemporáneo. Con gran "realismo", inspirado en la "incertidumbre" de la naturaleza humana, a la que contempla con simpatía en tanto que teólogo, Niebuhr nos lleva hasta el vestíbulo del "empate nuclear" entre Oriente y Occidente para explorar las posibilidades de un ajuste o de una transacción que permita la supervivencia de la humanidad. Aquí es donde podría encontrarse la contribución más positiva de su libro, pero la solución que propone no justifica el análisis que se echó a cuestras: Niebuhr sugiere hacer a un lado las "utopías" (entre las que coloca el principio de la igualdad entre los Estados y la actual estructura de las Naciones Unidas) para que así se logre obtener un equilibrio y una armonía entre las verdaderas potencias, que garantice la libertad del hombre y la existencia del género humano. La única esperanza que

apunta es la circunstancia, que él subraya, de que el peligro de guerra nuclear es tan aterrador que pudiera constituir en sí un puente entre los dos grandes bloques y convencerlos de que, después de todo, tienen algo en común: preferir la vida a la destrucción.

Las conclusiones y consejos de Niebuhr se antojan bastante descarnados. Hace incluso un llamamiento a sus conciudadanos para que se proclame, sin tapujos, el imperialismo que compete desempeñar a Estados Unidos como gran potencia, entendiéndose por ello el ejercicio de las responsabilidades que otorga el poder. El siglo pasado ya bautizó como *Machtpolitik* a esa concepción de la moral del poder, misma que todavía la Centuria de la Ilustración se preocupó de cubrir con un velo de discreta elegancia. Su tesis, en este sentido, parece más bien corresponder a las corrientes del pensamiento burgués del siglo XIX. No debe extrañarnos, pues, que Niebuhr defienda con candor “el pacifismo esencial de la clase burguesa del siglo XIX”, y que dé por descontada “la superioridad moral del imperialismo británico” sobre el español y sobre el francés.

Si los partidarios de una moralidad universal, de la que el estado no puede escapar, se mostraran decepcionados ante las conclusiones de Niebuhr, no lo estarán menos quienes se adhieran a la teoría liberal democrática de las relaciones internacionales, para no hablar de los que cifran sus esperanzas de paz y concordia en las Naciones Unidas. Aludiendo a la crisis de Suez de 1958, el autor sostiene que esta organización no puede asegurar un orden mundial —como lo pretende—, ya que el prestigio moral y político de que goza en virtud de los principios de la Carta no puede acallar, ni menos domeñar, las avasalladoras manifestaciones de poder que surgen en el momento de las crisis más graves. Más aún, niega que los factores constantes y variables en “la estructura de imperios y naciones” puedan ser dominados, en el ámbito de la comunidad mundial, por simples llamamientos al principio de la seguridad colectiva. Para Niebuhr, cualquier política que tenga por punto de partida a las Naciones Unidas como impulsoras de principios estratégicos, es no sólo fútil, sino incluso peligrosa. El autor, claro está, en ninguna parte sugiere que la solución al problema de la paz y seguridad internacionales podría inspirarse en un espíritu de lealtad suprema al género humano, sin el cual ideologías, imperios o naciones carecen de base imperecedera.

Si las conclusiones de Niebuhr no podrán ser fácilmente aceptables, es de admirarse, sin embargo, la franqueza con que expone algunos de sus puntos de vista. “Las Naciones Unidas —afirma— no son, ni pueden constituir, un orden

constitucional en el mundo". "Nuestro poder —o sea el de Estados Unidos— es demasiado grande para que se pueda conformarlo con principios absolutos, o aun relativos, de justicia, aunque los frenos existentes bastan para impedir arbitrariedades. Podemos reivindicar que utilizamos nuestro poder en beneficio de la comunidad mundial, con un contenido de justicia hasta donde es posible que ésta exista entre naciones. . . ; pero nuestras reivindicaciones no deben ir más allá: no somos una nación santificada, y no podemos pretender que todas nuestras acciones son dictadas por consideraciones de justicia inmanente". Aunque el autor no excluye la posibilidad de que en las acciones de los estados coincida el interés propio y la moralidad internacional, es lo suficientemente explícito para hacer un distinguo, muy significativo, entre justicia, por una parte, y las necesidades del poder, por la otra. Colocado ante este dilema, el estado no tiene, para él, sino un camino: satisfacer sus propios intereses. Sobre esa base, tal vez, Niebuhr justifica, entre otras cosas, el que su país haya obligado a Guatemala a desahacerse, en fechas recientes, de un gobierno procomunista.

En general, relativamente a Latinoamérica, las ideas de Niebuhr datan también del siglo XIX: no sólo habla de *las* dictaduras militares de la América del Sur, y del "peligro de guerra civil que acecha a cada sucesión presidencial", sino que, por lo que a Cuba atañe, se pregunta si no hubiese sido más benéfico para ese país haber permanecido bajo la soberanía de Estados Unidos. Las generalizaciones en que incurre revelan, en ocasiones, una falta palpable de conocimiento de la realidad latinoamericana que raya en el escándalo: no sólo afirma que *todas* nuestras repúblicas hablan español o portugués, sino que *todas son*, étnicamente hablando, una mezcla de sangre india y española, con algunos elementos de origen africano.

Niebuhr ofrece sus conclusiones después de haber recorrido las doctrinas políticas y las opiniones de casi todos los autores conocidos en la materia, desde Platón y Aristóteles hasta Woodrow Wilson y Walter Lippmann. No puede descartarse la sospecha de que el autor, cuya ilustración en cuestiones de teología es indudable, se ha venturado en terrenos que no le son muy familiares. Por lo que respecta a sus fuentes, es lamentable que muchas veces las cite de trasmano: así, por ejemplo, nos recuerda algunos textos de Marco Aurelio, Séneca, Hermogeniano, Tertuliano, Voltaire e Inocencio IV (que, después de todo, fue el más ilustre canonista entre los Papas), a través de las páginas —excelentes, sin duda, pero al alcance de cualquier estudiante de Facultad— de McIlwain, Hans Kohn, Cochrane, Barker y Lovejoy y Boas. Su deuda con los Carlyle

es enorme; y no está muy claro si ha citado correctamente a Tucídides. Por último, es lamentable que Bodin haya sido leído por Niebuhr en una versión inglesa.

Por lo que atañe a los juicios y generalizaciones de índole histórica —y la historia es el conocimiento de *lo particular*— sorprende a veces el descuido, e incluso los errores de hecho en que incurre nuestro autor. Habla, repetidas veces, de la “incontestable” supremacía de que gozaron los Papas frente a los Emperadores en la Edad Media, y se refiere en particular al caso de Carlomagno. Ello bastaría para escandalizar a cualquier medievalista que se respete. Por otra parte, no es cierto que los Habsburgos hayan “presidido sobre alguna especie de Imperio”, desde 1273 hasta la disolución de Austria-Hungría, como Niebuhr lo pretende. (Los Habsburgos, desde luego, no hubieran deseado nada mejor, pero como es bien sabido, desde 1308 hasta 1438 la diadema imperial estuvo fuera del alcance de sus manos.) Mi maestro, Ernst H. Kantorowicz —a quien Niebuhr cita— estaría de acuerdo conmigo en que nuestro autor no ha captado la concepción correcta de lo que denomina “absolutismo real” en la Edad Media, si es que acaso ese término (que Kantorowicz se abstiene de utilizar) pudiera ser aceptado para el Medievo. En fin, el descuido de Niebuhr lo lleva a hacer de Siria ¡un *reino* en nuestros días!

En general, el libro que se reseña, escrito en un estilo un tanto pesado, lleno de complicaciones, y a menudo poco interesante, no constituye una verdadera contribución al estudio del problema más ingente de nuestro tiempo. Las conclusiones de Niebuhr carecen, a mi entender, del mérito de la originalidad. Las esperanzas que ofrece son, más bien, irrisorias; y cualquier “realista”, sin necesidad de echarse a cuentas toda una larga investigación, pudiera haberlas sugerido. El material que revisa ha sido ya examinado, muchas veces, por personas familiarizadas con la investigación histórica. Si es de justificarse la labor realizada por el autor durante dos años, en la preparación del libro, merced a subsidios económicos, es una pregunta que podría hacerse la Fundación Rockefeller, institución que patrocinó el proyecto de investigación.